



En voz alta

Alberto  
F. Cañas

## “El 48”... ¿Es el 48?

El 48— ese punto de partida, ese punto de llegada, esa culminación, esa “cosa” que llamamos el 48 — no es un hecho aislado ni aislable. Fue una consecuencia, quizás de hechos políticos discernibles, puede que de corrientes históricas encontradas que en un instante preciso hicieron cortocircuito; y estallaron en tragedia, ideas y pasiones, movimientos subconscientes, visiones generacionales, convicciones hondas, situaciones huidizas, males sociales, declinaciones y apogeos. Fue, en todo caso, un encuentro de hombres; que es decir, de seres imperfectos con virtudes y vicios, pasiones e ideales, ciegos instrumentos de la historia algunos, deliberados actores trágicos otros. Un encuentro político en la superficie. Una lucha social cuyos participantes muchas veces no comprendimos. Un rompimiento, una renovación, una sangría. Algo en fin que se apoderó como un demonio del espíritu de un pueblo, y cuyos testigos, actores o protagonistas tenemos el doble deber de olvidar y recordar, de cauterizar y tener presente. Como toda confrontación verdaderamente heroica —en el sentido griego del héroe— implicó derrotas y euforias, realizaciones vitales y miserias, fracasos y grandezas. Destruyó —se lo propusieran o no sus gestores— un mundo, una sociedad y una manera de vivir. Una manera de vivir que en todo caso estaba ya desgarrada, cuarteada y destruida. Se alzó una generación, en cierto modo poseída de la idea de que iba a defender lo que ya estaba agonizante, y terminó —porque esa fue su ciega misión histórica— por darle el golpe de gracia.

Los que en esos sucesos estuvimos envueltos —y no hablo de un hecho armado de cuarenta días sino de una larga lucha de muchos años, de seis, de ocho, puede que de más— no podemos prescindir de ellos, y no porque formen parte de nuestra sencilla biografía, sino porque, habiendo sido el resultado de nuestra vida interior, los llevamos dentro, los llevaremos siempre, cualquiera hubiese sido el bando en que estuvimos, como un momento estelar de nuestra vida y de la vida de Costa Rica. A plena conciencia, sin necesidad de esperar el fallo de la historia.

Se escribió mucho y se ha seguido escribiendo, pensan-

do y discutiendo sobre esa etapa histórica. Después de los años, ya es posible —al menos me ha sido posible a mí y me ufano de que así sea— conversar sobre ella con los adversarios de entonces y, por lo menos en un terreno generacional, intercambiar comprensiones, explayar la razón de nuestros hechos ante aquellos con quienes habíamos interrumpido el diálogo colegial o juvenil. Y, comenzando a saber, comenzar a entender.

Ahora es posible que unos y otros nos preguntemos, con perspectiva de años, si tuvimos razón en lo que hicimos. Y la respuesta —desde cada bando— es que sí. Cada uno encuentra, en el panorama general, excusa o razón para sus propios errores o para los errores de su partido. Errores, faltas, violaciones o crímenes. ¿Dónde no no hubo equivocaciones y dónde no hubo crímenes?

Yo dejé —de esto hace veinte años— testimonio personal de aquello en un libro. Un libro que no será, conforme pasen los años, la historia “objetiva” que los pedantes pretenden y nunca alcanzan. Es, dije, testimonio; y, según se le juzgue y lea, será jactancia o confesión. Pero no es mentira. Es verdad. Es “mi” verdad: la verdad de mis amigos, de mis compañeros, de mis hermanos y mía propia. Y cada uno de los que participaron en las agitaciones y violencias de entonces tiene la suya. No hay una absoluta verdad histórica. Y si se llegare algún día a establecerla, no será un promedio o síntesis, sino una suma de verdades contradictorias. Verdad del que mata y verdad del que muere. Verdad del que dice sí y verdad del que dice no.

Un profesor llamado Miguel Acuña me visita y me pregunta si he leído el libro que acaba de publicar y que se titula “El 48”; le respondo que todavía no, y que me propongo leerlo. Me asegura la intención objetiva con que lo ha escrito y me pide mi opinión. Lo he leído, y le voy a dar esa opinión que me ha solicitado: como crítico literario le diría que su libro es detestable por mal escrito, desordenado y descuidado en construcción, investigación y lenguaje. Pero no estamos hablando de literatura sino de otra cosa. Y desde el ángulo de esa otra cosa mi opinión se reduce a lo mismo: el libro es deplorable.

Voy a seguir escribiendo, para dar razón de mi dicho.